

## EDITORIAL \*

### I. Entre la fiesta y la guerra

Si, después de encender las velas en el pesebre, marcharon en peregrinación hasta lo de Saladito donde nos reuníamos la mayoría para cenar a la romana. También era otra tradición del Apache: la tribu comparte, en época de fiesta, sea poco o mucho, todo lo que tiene. Madres y abuelas con sus respectivos hijos y nietos más algún que otro hombre del Puerto caminaron llevando más velas encendidas en la mano. Las voces de las mujeres prevalectiendo, y no por mayoría, para entonar el villancico por excelencia: *Noche de paz, noche de amor / Todo duerne en derredor; / Entre los astros que esperan su luz / Bella anunciando al niño Jesús / Brilla la estrella de paz / Brilla la estrella de paz*

[...] Porque el brillo de lo que dicen que va a ser ahora el Puerto, el Puerto Madero, encandila. Desearía decir que encandila con la fuerza de la estrella de la paz, como se canta en el villancico. Pero la guerra va a seguir. Con nosotros o sin nosotros. Con o sin mí. Sí, es más bien como canta Luca en la versión que hace de *Noche de paz*: 'Sueña un sueño imposible'. Bueno, lo imposible no fue transformar al Apache en Puerto Madero. Lo imposible es estar en paz."

Leonardo Oyola, *Santería*

7

Demasiado breve es entre nosotros el tiempo que va de la *fiesta* a la *guerra*. Demasiado fugaz el intervalo que hay entre la comunidad que todo lo comparte y esa otra en la que emerge el fondo belicoso que hace de la paz, *un sueño imposible*. Demasiado frágil parece también la membrana que tejieron estos últimos años sobre un colectivo social desfondado. Demasiado crédulos nosotros si confiáramos en que esa membrana podía *parar la lluvia*. Y sin embargo, es

posible decir que no se trata de una ilusión que ahora se derrumba, de una verdad profunda que aparece develada en la extrañeza de la noche para desmentir la apariencia de los días. Como si el rostro de la fiesta no fuera tan verdadero como el de la guerra: de hecho lo es, pero como rostro verdadero es tan insuficiente el festivo como el guerrero para explicar los laberintos de la vida nacional.

La historia de *Santería* está hecha de estampas y creencias, de lenguas desquiciadas que declaran maldiciones y conjuros en torno de territorios que son, a su vez, índices emblemáticos de la lucha social por el gobierno del espacio. Fátima, la protagonista de la historia que Leonardo Oyola ubica en los años noventa, vive el tiempo de la fiesta y de la guerra, y narra, sobre todo, el tiempo de la espera entre una y otra. Ese tiempo es el de los santitos que acompañan a sus creyentes en la ruta que el destino les ha trazado. Los santitos como dioses protectores que ofician de sucedáneos del Estado son, a la vez, poder existencial: porque *si tensis fe*, dice Fátima, *no hay nada con que darte*. Ese tiempo de espera es también el tiempo en el cual se despliega la energía que talla la forma arquitectónica de lo que nos excede y permanece inopinado: la distribución sensible de lo que somos en la ciudad. Entonces Madero encandila y el Apache se transforma, y así, el villancico que era canción de todos, es cadencia de lo que está por venir: la destrucción de la carne en el zaguán de la fiesta. Si la fiesta y la guerra expresan el movimiento de los cuerpos dispuestos al gasto comunitario en el goce y la aniquilación, no es menos cierto que también reflejan un conjunto de creencias que perduran en los pliegues de los nuevos credos que nos habitan.

En los últimos años hemos visto cómo el conflicto político volvia a la plaza pública, a las calles. Hemos visto el retorno del conflicto pero también del espíritu festivo. Ni una ni otra, sin embargo, se asemejan a las de la década pasada. Ya no se trata de una violencia impune que enseña los costos gravosos que fueron necesarios para soñar el sueño de una tarde modernidad dolarizada. Tampoco las fiestas, hoy, redundan el cinismo, la melancolía o la impronta del “aguante” frente al *fin de la Historia*. Otros bríos marcaron los años

que siguieron al derrumbe. En las vigilas públicas frente al Congreso ante las votaciones decisivas, en las protestas callejeras de los movimientos sociales, en los actos a estadio abierto, en la Plaza de Mayo y en los barrios, distintos colectivos hicieron de los *territorios* un espacio recobrado para la política. La pregunta por la significatividad de este fenómeno, por su carácter persistente, por su alcance e intensidad, tuvo una primera réplica tan contundente como novedosa: *los festivos del Bicentenario*. Como otros acontecimientos que irrumpieron en la escena pública sin aviso ni carra de presentación, los cinco días en que la Ciudad vivió la fiesta popular más convocante de su historia dejaron algunas certezas y abrieron más de una pregunta. Por un lado, hubo una convocatoria, una interpelación del Estado a la ciudadanía. Hubo, también, desde el gobierno que ocupa el Estado, una doble voluntad: de celebración y de construcción de un relato de nación. Por otro lado, hubo una res-puesta tan masiva como heterogénea: familias enteras del conurbano, de la ciudad de Buenos Aires, del interior del país, y cientos de miles de jóvenes. Sorpresa, alegría y fascinación. *Nadie los vio llegar*. El deseo de fiesta y participación fue palpable, fue vida desbordante. La eficacia del relato colectivo en la construcción de un nosotros amplio fue menos legible. Y sin embargo, esa fiesta dejó ver una *ruptura a la creencia* de lo que puede ese relato.

Creencia poderosa pero frágil aquella que invita a un nuevo destino comunitario, por cuanto vive acechada por la inminencia de una violencia que hace presente las huellas del pasado reciente. Y por esto, cuando creemos que se puede asentar un terreno firme de políticas legales y medidas simbólicas de reparación institucional sobre los efectos del terrorismo del Estado, desaparecen a Julio López; cuando creemos que se puede llegar a un equilibrio básico de las fuerzas sociales que pugnan en el espacio de la sociedad civil, asesinan a Mariano Ferreyra. Violencia política que encarna la pervivencia de pasados siniestros, al tiempo que muestra el horizonte nítido de las luchas presentes. Por ello mismo, López y Ferreyra resultan ser los nombres de una violencia transfigurada que toma la forma de nuestra *esfinge* contemporánea.

Hay claves muy conocidas para develar el enigma: *la lucha de clases*, y entonces la violencia criminal remite a la contradicción fundamental entre un proletariado que no termina de asumir su condición de clase para sí y una burguesía que varía sus estrategias de explotación para perdurar en la reproducción de los negocios; *la lucha facciosa*, y en tal caso se trata de bandos que disputan el poder, denegándose continuamente, sin un suelo común de legitimidad; *la caída metafísica*, y entonces es el pecado original que estructura nuestro ethos lo que debemos expurgar hasta el final de los días. Para estas lecturas, el bienestar social de estos años no puede verse sino como ilusorio, y la violencia como corolario de la falta de justicia. Con todo, ¿no permanecen impensados los núcleos de sensibilidad social, cultural y política que se abrieron en la última década, de la cual la emergencia del kirchnerismo como fuerza política resulta ser protagonista indeleble? ¿No permanecen impensadas las pasiones políticas que esa fuerza ha despertado? La alegría y la tristeza, el odio y el amor han tomado con intensidad las esferas públicas de la vida en común hasta deslizarse en la mesa familiar, hasta irrumpir en la reunión de amigos. En cierto modo, la politización gubernamental de lo social que tuvo lugar en los últimos años ha sido producto de una activa intervención sobre la interpretación de los años setenta, pero sobre todo ha sido producto de la política de derechos humanos y de colocar en el centro de las decisiones estatales la cuestión del trabajo, la revaloración de la educación y las políticas sociales universales. No resulta sorprendente entonces que sobre esos núcleos sensibles se haya posado una y otra vez el poder criminal de sectores que no toleran bien el carácter reparador y democratizador de muchas de las políticas del kirchnerismo, y de las acciones de los movimientos que buscan ampliar el universo de derechos comunes.

Pero entonces: ¿puede un proyecto nacional, latinoamericano, de raigambre popular, conjurar esas violencias que vinculan lo peor del pasado reciente con las máscaras más conservadoras del presente? ¿Puede abrirse un tiempo cada vez más durable entre la fiesta y la guerra?

Tal vez todos estos años puedan leerse como un intento de hacer más perdurable ese tiempo. Contra lo que en el primer número llamamos poder nihilizador de producción de fragmentos, cuyo corrolario hoy no dudamos en describir como un poder criminal de destrucción que anida en variopintos nichos de los mismos espacios que están siendo transformados, se levanta un deseo poderoso de producción política de miles de escenas de alta institucionalidad que sostengan y superen a las ya producidas estos años. Esa y no otra, es la arquitectura política del porvenir: una arquitectura que hace suya la alegría de la fiesta y exorciza las imágenes de la guerra, con las herencias de lo que no cesa de suceder.

## II. El trabajo y los días

Parado frente a la hornalla encendida recorro la casa con la mirada. Es una casa antigua, de esas que todavía se pueden encontrar en algunos barrios de Buenos Aires. Pienso en la ciudad, en lo que levantarán esos refugios. En cada rincón de esta casa está mi padre. El día que lo traje para mostrársela y lo vi sonreír. Una casa completamente estropeada. Había que restaurar. Pisos, puertas, paredes, techos. Había que construir un cuarto para el futuro, para cuando mis hijos quisieran venirse a vivir, traer una novia.

[...] En cada rincón de esta casa está mi padre, escribo y es así. Está lo mejor de él, lo que él daba sin esperar nada a cambio. La biblioteca que construyó con casi nada de dinero y en la que entran mil quinientos libros. La escalera, los pisos que recuperó tablón por tablón tratando a la pinocha como a una madera preciosa. Mi padre parecía más un luthier que un carpintero. Manejaba los tiempos del trabajo a la antigua, es decir, que el tiempo se lo dictaba la esencia del trabajo, no el compromiso ni el ansia de terminar. Por eso hacía rato que estaba fuera de la realidad, que no pertenecía al mundo porque no se movía a la velocidad con que se mueve el mundo.

Pablo Ramos, *La ley de la ferocidad*

Construir sobre una herencia es inventar las palabras que traducen un legado. Dar forma y vida a un espacio hasta hacerlo propio aun cuando siempre nos resulte extraño, supone aprender a habitarlo: levantar paredes sobre los restos de antiguas moradas y forjar un lenguaje que permita nombrar lo que ha quedado sin decir, lo que todavía no fue dicho. Supone, también, una conmoción: la de pensar la duración, la de hacerse cargo de la infinitud en la finitud. O, dicho de otro modo, implica asumir la pregunta por el deseo de

construir, y tras la pregunta, la tarea de convocar responsablemente a la estación que se abre entre la guerra y la fiesta: al tiempo del trabajo, esa delicada artesanía que hace posible el destino colectivo.

La novela de Pablo Ramos, *La ley de la ferocidad*, narra como pocas el esfuerzo que supone aquella tarea, el trabajo de reconstruir una vida, de hacer de nuestras ruinas un lugar hospitalario. Con la muerte del padre como detonante, Gabriel, el personaje principal del relato, se mueve con una fuerza demolidora que arrasa con todo lo que toca, comenzando por él mismo y su familia. Siguiendo las rutas que trazaron los años noventa, cruza de la ciudad al conurbano a la caza de esas bolsas blancas, mágicas y venenosas, que le permiten continuar la huida; del conurbano a la ciudad, para multiplicar el resentimiento, para regurgitar las pasiones tristes de un pasado demasiado presente. Pero sobre ese escenario derruido, sobre ese movimiento frenético que no cesa de reproducir aquello que no puede ser elaborado, la ley de la ferocidad —la ley del padre—, se opera el milagro de la recomposición. Sobre los *viejos refugios* gastados, comienza el trabajo de construcción del hogar futuro. Comienza a tramarse un nuevo espacio vital, y con él, la posibilidad de un diálogo renovado con el pasado, a distancia del olvido imposible y la nostalgia impotente.

Como los tiempos que narra el final de la novela de Ramos, estos años llevan la marca de la reconstrucción de los espacios y las memorias. Pero, ¿qué se cifra en esa reconstrucción? Si toda arquitectura se propone trazar, pensar y redefinir los espacios concretos, construir un proyecto que se sostenga como promesa de comunidad, es posible leer las construcciones como expresión de lo que fuimos y de lo que quisimos ser, y también de su distancia; como representaciones materiales de lo imaginado, de lo realizado, y de su *resta*. Formas construidas que se vuelven, de cierto modo, expresión impura de las formas políticas: aristocráticas o plebeyas, proletarias o burguesas, las obras que producen la ciudad toman el sesgo de ciertas sensibilidades, y señalan, a su vez, los modos de ver aquello que se ve y aquello que se oculta en el orden social.

En nuestras arquitecturas —en las escuelas y en los hospitales, en las viviendas sociales y en las plazas—, se pueden leer los modos en que distintas fuerzas sociales y políticas imaginaron proyectos de nación, los modos en que desde el Estado forjaron espacios de distribución material y simbólica de la vida, ya bajo la forma de la proyección y la comunión, ya bajo la forma de la expulsión y la muerte. La obra de Santoro que ilustra este número evoca a uno de esos proyectos y, en particular, a las intervenciones sobre el espacio público que impulsó y sostuvo litigiosamente. Así, como doblez fantasmático del Leviatán justicialista, el “descamisado gigante” recorra el espacio donde tiene lugar el juego y la felicidad de los más desprotegidos, encarnados en la mamá de Juanito Laguna; como el fondo oscuro de la comunidad, el descamisado evoca también la amenaza siempre latente de una furia vengadora que termine *arrasando con la ciudad capitalista*. Al mismo tiempo, los cuadros de Santoro nos recuerdan que esas figuras históricas, que las múltiples caras del Estado y los sujetos sociales, no son nunca puras ni unívocas. La ciudad, como las formas de nuestra política, es producto del mestizaje, de la composición ecléctica. El “chalet californiano”, por ejemplo, que aparece en el cuadro *Ciudad Euvia* deja ver una tipología que nació unifamiliar pero que se colectiviza para convertirse en una serpiente que avanza y se pierde en el bosque, más allá de la ciudad. Entre los símbolos y la materia incandescente, surge entonces la pregunta que nos interroga por la pervivencia de esas fuerzas mitológicas.

Si esta última pregunta puede tener lugar, si la obra de Santoro se abre a la ambigua mirada entre una evocación de lo ya sido y otra, bien distinta, que encuentra allí una invocación a lo que todavía pueden esas fuerzas que acechan en lo profundo del bosque, es por la novedad que trajeron estos años, por su llamado desafiante a interpretar su contemporaneidad. En buena parte de sus páginas, también el relato de Ramos deja leer las sucesivas fracturas de nuestra historia desde aquellas *vivencias en la patria de la felicidad*. Y entre ellas el signo quizás más visible lo constituyó la progresiva ruptura de lo que alguna vez fue el espacio de intensa contaminación político social que existió por décadas entre la Ciudad y el Conurbano.

Durante estos años se fueron reinventando sobre esas fracturas algunos puentes materiales y simbólicos. Ruras, edificios, cooperativas, y también palabras, consignas, estampitas y estandartes, surcaron algunas de las miles fronteras de la inquietante serpiente. La posibilidad de nuevas gestas nacionales depende de esos puentes, y depende, sobre todo, de que la ciudad entre en el bosque y el bosque franquee las calles de la ciudad ya no bajo la forma de su otro siniestro, sino bajo la forma de la lucha por la justicia, el amor y la igualdad.

### III. Itinerarios

Seis secciones componen el presente número de *El río sin orillas*. Dedicamos la primera, **Tramas**, a esas voces que se entrecruzan en la literatura más reciente que, en diálogo oblicuo con otras narrativas de nuestra cultura, tuercen la escritura y desquician la temporalidad lineal y homogénea de lo *irreversible* hasta volverla carne, campo de batalla de nuestras vivencias. Se teje allí, entre los pliegues del pasado, una genealogía de lazos familiares y de militancia que proyecta nuevas formas de vivir. En esta ocasión **Comunidades** oficia de vértice en el que confluyen nombres, historia y memoria. Allí se discuten ciertos legados y sus influencias en la política contemporánea, bajo la superficie de una crítica de la violencia como glosa de nuestra vida en común. Por otro lado, **Figuraciones** se inmiscuye en esos gestos mínimos—artefactos de nuestra cultura—que interpelan modos de representar y transmitir una experiencia desde la imagen cinematográfica o el escenario iluminado de una obra de teatro, desde el rastro que indica la presencia de una huella o la voz que se hace canto, que se conmemora a sí misma. Asimismo, como en los números anteriores, presentamos dos **Conversaciones**. Una con Ricardo Piglia—acompañada de dos breves reseñas de sus novelas *Respiración artificial*, que este año cumple treinta años de su primera edición, y *Blanco nocturno*, de reciente publicación—y otra con el filósofo cordobés Diego Tatán. Estos encuentros son para nosotros la posibilidad de una demora en el pensamiento, una pausa que abre la escucha atenta del otro, el ardor contagioso ante el horizonte de indagación común. El espacio que lla-

mamos **Obra** intenta ser esta vez la celebración de un diálogo amistoso y polémico sobre los modos de *Habitar el Estado*, según reza el título del libro de Sebastián Abad y Mariana Cantarelli. Por último, damos inicio también a una nueva sección, **Estudios**, que en esta ocasión dedicamos a las relaciones entre arte y política.

Como ya anticipamos en líneas anteriores, para este número hemos acogido con inmensa alegría la obra de Daniel Santoro, que con sus estampas ha puesto en funcionamiento una maquinaria poderosa para la interpretación de algunas figuras y problemas que venimos tratando en nuestra revista desde sus inicios. De esos cuadernos íntimos y preciados, donde se entremezclan la lucidez de la invención y la frescura del bosquejo, Santoro nos ha cedido algunos de sus dibujos que son símbolos que se avistan en el cemento que recubre la estructura y evidencian la disputa incesante de nuestra memoria.

Por todo esto queremos agradecer desde *El río sin orillas*, una vez más, a los amigos, colaboradores y afectos cercanos que, con el gesto de esperanza que nos permite seguir, apoyan sin condiciones este proyecto colectivo. Agradecemos también a los lectores fieles, cuya generosa disposición crítica nos acompaña cada año, y saludamos con entusiasmo a los reciénvenidos. Con todos ellos celebramos con inmensa felicidad esta nueva apuesta. Esperamos que disfruten como nosotros los momentos de pensamiento, dolor y alegría con partidos que módicamente se intuyen en estas páginas.

\* El 27 de octubre de 2010, al momento de conocerse la muerte de Néstor Kirchner, este número de RSO se encontraba en la etapa final de corrección, previa al ingreso a imprenta. Consideramos, por un lado, que pensar las modificaciones en función de este acontecimiento incommensurable nos llevaría una tarea ingente; de hecho, nos llevaría a pensar otro número de la revista. Por otro lado, creemos que este número, más aún que los anteriores, se interroga por las claves políticas de nuestro presente, lo que implica para nosotros, en primer lugar, pensar las marcas que el kirchnerismo imprimió a nuestra cultura, a nuestras prácticas e imaginarios. Decidimos por ello no realizar ninguna modificación a los artículos que aparecen a continuación, ni ampliar ninguna de las entrevistas, ni modificar el texto editorial. Decidimos, en cambio, cerrar este número con unas páginas escritas en caliente, como entendemos que requiere la ocasión. Será parte del trabajo que nos proponemos para los próximos números pensar todo lo que abre y todo lo que cierra esta muerte que todavía nos conmueve.